

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7:50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
 Redacción, Mayor, 21.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.
 Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerussáler Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

La Unión y el Fénix Español
 Compañía de Seguros Reunidos
 Capital social: 12.000.000 de pesetas
 efectivas, completamente desembolsado
 AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
 46 AÑOS DE EXISTENCIA
 SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
 Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO, Jabonerías 23 y 25 pral

LA MEJORA DE LA MUERTE

A raíz de las últimas elecciones, y advertidos de que nuestra voz, por lo mesurada y tranquila, no se dejaría oír, ahogada por el palmetear estridente de los supuestos vencedores y por el estallar de los cohetes que cierta parte de la prensa local disparaba en celebración de lo que disputaron como triunfo de su causa, nos resolvimos por guardar silencio, limitándonos, como meros informadores, á dar cuenta del resultado de la elección, dejando para más adelante la determinación y el examen de las causas productoras de ese resultado; determinación y examen que al mismo tiempo que nos iniciase en el alcance y transcendencia, en los efectos, del referido acto político, nos explicase, justificación de lo, el asombro causado—por que no decirlo?—en unos y en otros, en vencedores y vencidos.

Creíamos, llegado ya el momento de hacerlo, cuando un accidente íntimamente relacionado con las elecciones, ya que es consecuencia de ellas, el fallo de la comisión provincial nos aparta de nuestra trayectoria, ahorrándonos de paso el camino que nos proponíamos recorrer, porque, para que se partase de las causas, cuando, han sido destruidos los efectos? ¿para que desentrañar, buscando en el subsuelo, lo que experimentamente brotó á la superficie? Nuestra labor, pues, de críticos, de filósofos, de investigadores, ha quedado reducida á la de simples comentaristas, ya que la realidad se impone de modo elocuente y es de espíritus fuertes, levantados y sinceros rendirse ante ella.

Esta nos dice á todos absolutamente á todos, que ese conglomerado, que empezó por denominarse pomposamente bloque cartagenero de las izquierdas, para degenerar bien pronto

en el vasismo, es un cuerpo sin vida, destinado á consumirse en su propia impotencia, en incesante y ridícula labor de Penélope, condenado fatalmente á morir en plazo breve, como lo está todo organismo deforme y de constitución monstruosa; estribando la mayor deformidad del impropiamente llamado bloque en ser acéfalo.

Esto mismo está también en la conciencia de todos aquellos que lo componen, si bien no se atreven á confesarlo en voz alta: unos, por miedo al ridículo, que los espíritus medioeres creen ver en toda rectificación; otros, por mero cálculo; otros por el resquemor de ofensas que, suponen haber recibido; otros, porque ya dónde ir ya? Y otros, en fin, por temor á perder ó á no lograr el relieve ó la significación social que esperaban y que fué precisamente el único sentimiento que les llevó á integrar ese organismo.

En efecto, contempladlo sin apasionamiento, con el espíritu frío y sereno del observador imparcial y vereis que su fuerza más grande, que su principal desarrollo y mayor acción—está en los pies, en la base; elevad un poco la vista y observareis que esos pies, que esa base, es el espléndido soporte de un cuerpo raquítico, enclenque y miserable, de mutilados brazos, de hundiéndose torax y de jibosa espalda, carcomido por el gusano de todas las pasiones y de todos los odios, cuya viscera cardíaca no se mitive y palpita á impulsos del afecto hacia el caudillo, ni del amor ó entusiasmo á la bandera ni á los ideales, sino del rencor, de la envidia, ó del odio personalísimo y, hasta de carácter mercantil é industrial, cuando no de competencia social, hacia los contrarios; y si elevais un poco más vuestros ojos, buscando algo sobre sus hombros, no ancon-

trareis nada, absolutamente nada. Ese organismo es, como antes dijimos, totalmente acéfalo, carece de cerebro, de ese órgano, regulador de las funciones vitales de todo cuerpo.

De aquí, que cuando intervienen los pies, cuando se agita la base, cuando la masa actúa, se le vé avanzar, multiplicando sus votos, llenando las calles de manifestantes en espontáneo enroscamiento; pero al intervenir el cerebro en las funciones propias y privativas de ese órgano, se le vé retroceder, perdiendo todo lo que parecía haber conquistado en el avance que todos consideraron definitivo.

Retroceso imputable solo al caudillo que, engreído por éxitos fáciles, debidos más que á propia estrategia, á torpezas, descuidos é incredulidades de los contrarios, se erigió en jefe, sin tener en cuenta que no es lo mismo capitanear una guerrilla, cuya única misión es hostilizar al enemigo, sin destruirles, que ser general de un ejército regular, cuyo cometido es precisamente destruir á ese enemigo; sin que baste para conseguirlo lo compacto, nutrido y entusiasta de sus filas, que no son precisamente los soldados, que constituyen el cuerpo, la materia, los que ganan las batallas, sino el estado mayor que con el caudillo á la cabeza, constituye el espíritu, el alma, el cerebro, la forma sustancial de todo organismo.

(Ese conglomerado, impropiamente denominado bloque, por deforme, por monstruoso, por inverosímil, por acéfalo, ha de morir en plazo breve; su agonía, empezó á poco de haber nacido, y si, después de su desastrosa y suicida gestión municipal, pareció revivir dando muestras de nuevas energías el día 12 de Noviembre último, fué debido este fenómeno tan solo á lo que el vulgo llama la mejora de la muerte.

Chirigotitas

Nuestro diputado popular va tomando en sus venidas cierto matiz retrógrado.

Antes se bajaba en Cartagena cuando volvía de Madrid.

Después se bajaba en los Molinos.

Y ayer se bajó en La Palma.

Siguiendo así, en su próximo viaje á la vuelta, se bajará en Pacheco.

Y así sucesivamente, siempre *patatas*, hasta que se baje en Alcantarilla.

Y allí se quede.

P. Castaño dice hoy en "La Tierra" que ¡ha perdido su inocencia! Los hay muy atrevidos.

El *recobero* vuelve otra vez á cobrar desde las columnas de un periódico.

Y en colaboración con el anónimo arreglador de sus cuartillas.

A nosotros nos hace muy feices este cacique cerril de Miranda.

Y siempre que lo leemos quedamos encantados de los pintorescos *perigallos* de este hombre y de sus *escapes de gas*.

Lo único que nos atarma un poco, es, que por lo que parece no debe andar muy bien de potencia digestiva.

Y por eso la *echa entera*.

Por más que para estos trastornos, Mercader tiene una receta que es cosa santa.

La dieta de alfalfa.

Nos dicen que el diputado popular, ha tomado un nuevo medio de vida.

Se ha hecho agente de negocios.

A eso ha ido á Barcelona.

A colocarle á su cliente Sr. Ortuño, el *negocio* del Ayuntamiento.

Que si cuaja, ¡no es mala la prima! ¡50,000 del al! ¡Pd dos años, como dice Calín.

Y á propósito del *fraticida* de la Aljorra.

Calín es un *ingrato*.

Y un *desagradecido*.

Y hasta un *descortes*.

El diputado popular, le escribe, le escribe...

Y Calín dice como el baturó.

¡Chufia, chufia...!

¡Ah, el Banco Agrícola!

¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! X X X

REMITIDO

17 de Diciembre de 1911.
 Sr. Director de El Eco DE CARTAGENA.

Querido amigo: Suplico á usted ordenar se publique mañana en ese periódico la copia de la carta que remito hoy al Director de "La Tierra".

Gracias anticipadas de su buen amigo q. b. s. m.
 Enrique Las Heras.

Sr. Director de "La Tierra".
 Muy Sr. mío: En el número 3.846

de su periódico y en la sección titulada "Mirando al porvenir" pone usted en boca del electo concejal Gines Saura afirmaciones relacionadas conmigo que, por lo falsas ó equivocadas, me importa rectificar y á ello se encaminan estas líneas que ruego á usted se inserten en el número de mañana.

El día tres de Octubre de 1903 por virtud del derecho que la ley me concede y previa la formación del necesario expediente, en el que tuvieron intervención las Juntas local y provincial de primera enseñanza y el Rectorado de Valencia, cesé en el desempeño de la plaza de profesor de este municipio.

Ni el nombramiento de la persona que me sucedió en el desempeño de aquel cargo, ni la designación del sueldo que disfruta son cosas en las cuales yo haya tenido intervención alguna. El nombramiento del nuevo profesor fué hecho por la autoridad á quien corresponde esas facultades y el sueldo que percibe está determinado por la ley. Usted que es letrado y era mi amigo cuando cesé en aquel cargo, conoce perfectamente la verdad de mis afirmaciones y por consiguiente la ignorancia ó la mala fé de ese señor Saura á quien hace usted hablar para afirmar que yo tengo un sustituto pagado á bajo precio para que falte á las obligaciones de su cargo.

Nada tengo yo que ver con el profesor que hoy sirve la plaza que desempeño, ni con el sueldo que disfruta y presentarme á mí como el autor de las deficiencias que pueda haber en la enseñanza de esta región es un acto que rechaza toda conciencia que haga un culto de la verdad y de la justicia.

Anticipa á usted las gracias por la publicación de estas líneas el letrado, protegido del Cacique y furibundo enemigo del Bloque.

Enrique Las Heras.

ICTERICIA!

¡Qué rabia nos dá no ser bloquistas! Leyendo las *apoteosis* que "La Tierra" dedica á los concejales que son á los que serán y á los que *ni son ni serán*, nos mordemos los dedos con furia.

Y la envidia nos corroe. Y padecemos de ictericia.

¡Y hasta tenemos la cara ajada!

¡Si fuéramos concejal bloquista, aunque nada más que electo!

¡Qué de bombos; qué de piropos; qué de *moles* carifiosos!

Como gozaríamos con ese homenaje.

Aunque luego, la ley, hiciese que nos diesen patente.

Como á ellos.
 De incapaz.
 De nulo.
 ¡Y de torpe!

Se nos cae la baba de ver lo bien relacionados que están los bloquistas. Un concejal es un *genio*.

Otro un *luchador*, es decir, un Rakú que ha venido á menos.

El otro es un Villaverde que se villa pierde de vista.

El otro es un Noé ingeritado en Sansón, y que se dá un aire á Nelusko por aquello de los aires africanos.

El otro es un Titán.

¿Y á qué seguir?
 Lo mejorcito de cada clase lo tienen ellos.

¡Y nosotros... ni esto!

Estas cosas que nos cuenta "La Tierra" referentes á la *calidad* de sus concejales, ora en estado de mariposa (os actuales), ora en estado de crisálida (os futuros) y ora en estado de canuto (los *imperfectos*) nos recuerda aquel cuento tan conocido.

Dos viajeros iban en tren.

Uno de ellos jactancioso, *me!ón* y embustero hablaba de sus parientes: Mi primo el Conde de Tal, mi tío el Cardenal H, mi cuñado el Duque de X y así fué nombrando uno por uno á todos sus deudos, que siempre habían de figurar, por supuesto, en la más rancia aristocracia.

Terminó el hombre de hablar y preguntó á su paciente oyente por los individuos de su familia.

Y el interpelado que estaba cansado de oír tanta estupidez y de aguantar aquel chaparrón de embustes, dijo:

—Pues mi primo es el verrugo de Sevilla; mi tío el Chato de Jaén; mi abuelo Jak el destripador, etc. etc.

—¡Qué parientes tan poco distinguidos tiene usted! exclamó el embustero.

—¡Pero si no me ha dejado usted otros! replicó su interlocutor.

Pues lo mismo nos pasa á nosotros con nuestros Concejales.

—Hay aún más que no sabes.
 —Decid, señora mía.
 —Esta mañana vino Paul Somalo y repitió sus amenazas. En su angustia mi esposo le pidió un nuevo plazo, y aquél después de hacerse de rogar ofreció prorrogarlo un año á cambio de tu posesión.
 —Señora, me es zafati.
 —No fué menor mi asombro cuando mi esposo me lo dijo, y conociendo yo á ese hombre quise inquirir la causa de su conato extraño y misterioso. He aquí lo que he sabido por mediación de Maese Marco: Paulo Somalo recibió anoche la visita de apuesto mancebo; y su vieja criada, más curiosa aun que vieja logró escuchar que el joven trató de interesar á Paulo para que le compiara á toda costa.
 —¿Y quien es el mancebo que me quería adquirir?—preguntó Zara con terror.—¿Habéis llegado á descubrirlo?
 —Solo he llegado á comprender que el fingido mancebo es una dama tan distinguida cuanto hermosa.
 —¿Que misterio Dios mío!—dijo la pobre esclava pensativa. Y después añadió:—¿Y que opinión, señora de esa intriga?
 —Solo puedo decirte que quien se oculta mis-

corazón. Aunque fué esclavo goza hoy de libertad y es quizá rico y poderoso. Ya sabrás de quien habló...
 —Adivino quien es, señora mía,—le contestó la esclava bajando sus miradas ruborosas.
 —Estoy segura de que vendrá á buscarte; procura amarle y sé feliz.
 Y al decir esto, Doña Estefanía, la dió un beso en la frente y se salió del camarín dejando los papeles en sus manos; pero antes de alejarse la dijo con acento balbuciente:
 —No puedo más... á Dios... Vendrá á buscarte Marco el Mesonero. El te acompañará.
 Fuertes ondulaciones agitaban el seno de la joven; y suspendida é inmóvil, revelando un amargo sufrimiento, al ser iluminada por la luna su frente de azucenas, mostraba la agonía de su martirizado corazón que anidaba el dolor de los dolores.
 Largo espacio de tiempo permaneció la desdichada esclava enclaustrada en su dolor, hasta que maese Marco el Mesonero se presentó ante ella.
 —Zara,—la cijo con dulzura,—la señora me envía...
 Vuelta en sí de su ensueño doloroso se acercó al mesonero, y con tranquilo continente.
 —Vamos,—le contestó,—guárd, ya os digo.
 Y guardando el silencio más profundo, rígida,

iluminó con el mayor misterio las líneas de su cuerpo delicado, que mostró una belleza peregrina; fúlgida y virginal cual el de una aparición.
 —Entonces Doña Estefanía bendijo aquella frente inmaculada, y cogiendo las manos de la joven la levantó del suelo y la estrechó en sus brazos con delirio.
 —Eres un ángel,—dijo,—mereces ser feliz. ¡Quién sabe,—confesó,—un día quizás encuentres á tu padre...
 —Por Dios señora, decid cuanto sepáis,—exclamó la cultada palpitante.
 —Escucha pues, tu historia.
 Y entonces, Doña Estefanía contó á la pobre esclava lo que el lector habrá leído en el capítulo Noveno de la primera parte de este libro.
 Concluido aquel relato entre un raudal de lágrimas de Zara, la dió Doña Estefanía colgando de su cuello un medallón con una vígen esculpida.
 —Toma esta hermosa joya que el caballero tu progenitor donó á tu pobre madre en el instante de su fuga.
 No la apartes de tí, quizá te traiga la ventura. Ahora escucha un consejo: Hay en el mundo un hombre que te adora y que abraza un honrado co-